

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR VICERRECTOR DE LA UNIVERSIDAD, **DR. HECTOR CORVALAN LIMA**, EN EL ACTO CONMEMORATIVO DE UN NUEVO ANIVERSARIO DE LA, DECLARACION DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA, EL 9 DE JULIO DE 1978.

Señor Rector, señor Rector de la Universidad Nacional de Cuyo, señores Decanos, autoridades, señores profesores, señoras, señores, jóvenes alumnos:

Estamos reunidos esta tarde, para recordar a la Patria en un nuevo aniversario de su independencia. Pero de nada valdría este recuerdo si de él no sacamos conclusiones orientadoras que nos permitan sortear con valentía y felicidad los difíciles momentos que vive la Nación.

Julio significó el encuentro de los Argentinos con su nacionalidad. Julio selló la unión reclamada con urgencia, puesto que en la unidad de las Provincias, en la unidad de todos los argentinos estaba cifrado el porvenir de la República.

Ante los grandes males que afligían a la familia patria; ante el futuro sombrío que se cernía sobre nuestras cabezas; ante el huracán horrendo que amenazaba desencadenarse sobre el país, sumiéndolo en el abismo, en la antihistoria, con su cortejo de sangre y de desgracias, los argentinos se miraron de frente y estrecharon filas. Una fibra había vibrado en el corazón de todos, un rayo de luz encendió el tenebroso recinto donde se agitaban las zozobras, las desesperanzas y aún los odios y las borrascas, haciendo desaparecer males y lágrimas, como desaparecen las tormentas de verano empujadas por el soplo que infunde el aire perfumado de la pampa, o el viento fuerte y seco que llega hasta nosotros después de haber acariciado las nieves eternas de los montes.

Adelante, gritó el patriotismo. La venda desapareció de la vista de los argentinos y un rayo tibio y acariciante del sol de julio iluminó los campos de la Patria, conviniéndolos en dechados de paz y de concordia, expresión auténtica del espíritu nacional, codificado en el preámbulo de nuestra carta constitucional, cuando habla de promover el bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad, para la generación sancionadora, para nosotros su posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar en nuestro suelo.

Julio representa el triunfo del pueblo. Ese día los argentinos se independizaron e inscribieron con caracteres indelebles la victoria de la libertad, que alborozados comunicaron al mundo entero en el "Oid Mortales el Grito Sagrado" de la canción de López, que con unción acabamos de entonar. Es que en Tucumán, en la vieja casona de doña Carmen Bazán Laguna de Zavalía, que generosa abrió sus puertas para que allí la Patria se expresara, surgió un grito que fue trasunto de la actitud seria y viril de un pueblo que informó a todos su voluntad irreversible de ser independiente. Y ese grito ganó eco en las quebradas; las cuerdas del viento lo difundieron en las pampas y en los valles; inflamó a los bosques con su acento; los gauchos, lo llevaron en la punta de sus lanzas, desde la puna hasta los llanos. Se reflejó en el brillo de los corvos granaderos, que invictos lo acunaron bajo el cielo de América, bautizándolo al cruzar los Andes.

Esta portentosa epopeya patricia acerca nuestras almas hacia el corazón inmenso de la Patria, que no es sino la suma de nuestros corazones.

Que este hecho cargado de gloria, fruto de nuestros primeros padres, sea para nosotros lección siempre actual, que nos haga mantener inconvencibles los principios cristiano-occidentales que hicimos nuestros los argentinos desde siempre. Que ellos nos alejen de la barbarie y nos aseguren la libertad; suplanten la dictadura por el derecho; nos libren de la miseria y la ignorancia por el camino de la justicia y de la caridad; en fin, que nos lleven a la verdad, la belleza y el bien por las rutas de Dios.

Honar a julio y a los hombres de cuyos pechos surgió el grito soberano del año 16, debe traducirse en algo más que en actos como éste. Debe traducirse en el respeto de los argentinos a las bases fundamentales que nos conformaron como Nación, debiendo ser todos y cada uno guardianes de la libertad y de la democracia frente a los tráfugas que negocian la suerte de los pueblos, hollando los principios más sagrados, renegando de Dios y de la Patria.

En estos días honrar a julio y servir a la República es hacer que presida todos nuestros actos una conducta ajustada a la ley moral, porque como bien ha dicho alguien, sin moral no hay justicia, sin justicia no hay orden, sin orden no hay libertad, sin libertad no hay paz y sin paz nada bueno se puede construir.

Yo presto el calor de mi alma para difundir este bien; lo presto honrada y libremente. Creo aún en el bien como legislador de este mundo descompuesto y deshumanizado. Quisiera al profesar esto que mi palabra adquiriera la música más dulce que está en la voz humana, —según Emerson— y que cuando habla con el acento de la ter-

nura, de la verdad o del valor, es más musical y más potente que la del pájaro.

Si nos conducimos así, unidos, nutriéndonos de pasado y llenos de porvenir, quizá podremos tejer el poema de una estación y acaso de una época.

Conocer es amar y hacer obra de amor y de bien en un tiempo dislocado, en que muchos obedecen a las pasiones violentas, es tarea digna de una generación heroica y patriótica. Tal vez en nosotros se cumpla la sentencia de Peguy en cuanto hemos sido una generación sacrificada, pero que nunca pueda decirsenos que fuimos una generación culpable.

Que al conjuro de julio nos unamos los argentinos. Que si por la unión son fuertes los hombres, por la unión de las generaciones son grandes los pueblos. Que esa unión sea el santo y seña de toda la Nación, sin otra aspiración, sin otra recompensa que el bien común. Que toda idea y todo esfuerzo coadyuve a ese anhelado bien común y que ese anhelo se expanda de tal manera que llegue a ser la atmósfera moral de la República.

No podría cerrar mis palabras sin recordar hoy, en el día de la Patria, al hombre que tuvo más clara la idea de la independencia y el que mejor la sirvió y más hizo por ella.

Recordar a San Martín siempre me conmueve en lo más hondo. A dos siglos de su nacimiento no os hablaré de sus batallas luminosas, no os hablaré de las clarinadas de victoria en la cuesta de Chacabuco, ni tampoco de la noche triste de Cancha Rayada, ni de que su sable invicto selló la libertad de Chile en el valle de Maipú. Prefiero hablaros de un hombre de Plutarco, del ciudadano José de San Martín, de aquel que tuvo siempre por guía de conducta la austeridad, el patriotismo, la virtud, y la abnegación.

Yo lo hago descender de las estatuas en este atardecer, de las estatuas en que lo ha consagrado la historia, el bronce y la posteridad agradecida. Yo lo hago descender de su caballo de batalla, para que se pasee entre nosotros con su maravillosa humanidad y nos contagie su optimismo, su confianza y su fe en el porvenir de la República.

Su genio rubrica todas las páginas de nuestro acervo histórico. En cada una de las etapas de su existencia excepcional el prócer aparece esculpido para la posteridad. Su heroicidad a toda prueba y su vida llena de instantes cargados de significado y de riesgos mortales dan a la figura del gran demócrata una reciedumbre de monumento. Su pensamiento, y su acción estuvieron a la vez en todos los frentes, ya en Mendoza formando el ejército que habría de libertar a Amé-

rica, ya instando a los diputados a declarar la independencia que hoy conmemoramos, ya luchando contra las intrigas y la incomprensión de la oligarquía porteñista, que nunca compartió su empresa.

Ante los indecisos, que esperaban de las tortuosas combinaciones de la diplomacia, alzó las banderas de la independencia, poseído de fe profunda en el empuje de las fuerzas populares. Creyó en el pueblo. Y creía en él porque lo amaba. Tuvo San Martín indudable inclinación hacia los humildes, en quienes radicó afectos que nunca se enfriaron. Su proclama a los habitantes del Perú de 1818, dirigida desde Chile, es una expresión viva de esto que señalo.

Soy un instrumento accidental de la justicia y un agente del destino —decía el Libertador— para que se oigan los sinceros deseos, las quejas y derechos del pueblo peruano, a fin de que se les permita adoptar libremente la forma de Gobierno que crea conveniente, cuya deliberación espontánea será la ley suprema de sus operaciones. A través del siglo esta frase ha hecho camino, ha destruido murallas, fundado naciones, y tiene absolutamente que ser la ley incorruptible de todos los estados civilizados de la tierra.

San Martín expió su gloria, como otros libertadores, sus tumultuosos y agobiantes años de gloria, con interminables años de destierro en la apacible Boulogne Sur Mer. Francia fue el escenario en el que su destino culminó en un desenlace que ofrece un cuadro estético de insuperable hermosura, largo y sereno como una puesta. Nos recuerda el prócer el verso de Alfredo de Vigni: "Sólo el silencio es grande, lo demás carece de importancia". Quizá pensó como el poeta en la grandeza de sufrir y morir sin hablar. Por esto no escribió memorias vindicatorias, ni se crispó en gestos de protesta, ni exhaló quejas envilecedoras. Pareciera como si al trasponer la frontera de Francia hubiera sufrido una demudación absoluta de su ser. Vivió allí todo el resto de su vida en un silencio y renuncia irrevocables. Caso singular.

El tiempo cubrió de nieve su cabeza, pero no pudo inclinarla. Todos sus hechos, su obra toda, gritan su nombre por doquier. Ellos jalonan su vida formidable. Porque San Martín señores, no fue sólo un hombre, no fue sólo un santo, fue mucho más, San Martín fue un milagro de la libertad, un arquetipo de heroísmo y un modelo de virtud cívica. Inclinémonos reverentes ante el grande hombre, nutrámonos de esperanzas con su ejemplo y cobijémonos en su sudario de gloria, en donde no caben el odio ni la adulación, porque no los permite el mármol austero de su tumba.

Señores, muchos aniversarios de nuestra independencia hemos cumplido. Todos llenos de homenajes y de emblemas. La oratoria ha

agotado las expresiones más bellas y sentidas del recuerdo; gobernantes y gobernados, hombres y mujeres, niños y ancianos, base y cumbre de la vida, se han asociado a los festejos. Marchas triunfales y el tronar de los cañones han evocado la epopeya. Nosotros hemos dejado también nuestro homenaje y ya al terminar, en estas horas en que la Nación festeja su fasto más singular y trascendente, lo hacemos con las palabras del poeta.

"Que el sepulcro de José de San Martín nos convoque mientras el mundo de los hombres tenga días".

"Y que hasta el fin haya un incendio bajo el silencio paternal de sus cenizas".

"Porque esta tierra es toda nuestra, simplemente nuestra, y hay que defenderla con las uñas, con la voz, con los dientes, con el pecho, o quedar una tarde azul y blanca definitivamente libres. Muertos".